

“Esta herida...” de Velia

Alberto Morales Gutiérrez

He leído la larga diatriba que hace Velia Vidal contra la novela de Lorena Salazar Masso (cerosetenta.uniandes.edu.co 13/08/2021) y he llegado a la conclusión de que ni la misma Velia, ni Motete, su formidable proyecto cultural, se merecen lo que ha escrito. El texto no se parece en nada a lo que uno se ha imaginado de Velia y de su trabajo. Lo que ella sustenta, enfoca y concluye respecto de *Esta herida llena de peces* es, no solo incongruente, sino que destila mala intención.

Debo decir que no me satisface la condescendencia inicial de Velia con la autora de la novela, pues el grueso del abordaje borra de un tajo esa idea expresada al inicio de la diatriba: “Es la ópera prima de una autora que demuestra una gran sensibilidad poética y una enorme capacidad de construir imágenes poderosas con su narración...”. Y es condescendiente porque lo que Velia realmente piensa, desde el inicio mismo de su análisis, es todo lo contrario. Velia confiesa finalmente que considera a Lorena “... una narradora que se asume tan superior al contexto, tan superior a ese otro racializado, exótico y precario, que se toma la licencia de intervenir y modificar sus rituales ancestrales, o se siente con el derecho de decirle a los otros qué hacer”. Velia está indignada.

Su indignación, además, ha logrado calar en las percepciones de dos analistas: Giuseppe Caputo y Paco Gómez Nadal. En el caso del primero, refiere, mencionando a Velia, que encuentra una “exotización inconsciente o voluntaria de las personas negras y del departamento del Chocó”. Descubro que es

el texto de entrada a una entrevista que él hizo a Lorena en el programa de televisión *Primeras impresiones*. Me pareció, al ver la entrevista, un encuentro inteligente en el que la escritora respondió con honestidad y lucidez. Podría asegurar que, luego de esa conversación, Caputo ha de estar pensando otras cosas.

En el segundo caso, Gómez Nadal hace eco a la diatriba, afirma que “la crítica blanca ha sido casi unánime en encumbrar la ópera prima de Lorena”, sobre la base de que tal benevolencia se debe a que Lorena es también blanca. Sustenta que el viaje relatado en la novela es “no creíble para quienes hemos hecho esa ruta decenas de veces” y apela al argumento esgrimido por Velia, que acabo de citar, en el sentido de que Lorena “se siente con el derecho a decirle a los otros qué hacer”. Gómez Nadal arguye que él sí sabe cómo es la región y sus gentes y que, desde su punto de vista, a Lorena “todo le sale mal”. Es implacable.

Resulta razonable hablar sobre todo esto. Hablar sobre aspectos nodales de las críticas esgrimidas.

Velia confiesa que se ha inspirado en un texto de Toni Morrison, para hacer su reflexión sobre *Esta herida llena de peces*. Es bueno referirse a la señora Morrison, a quien le correspondió un período de la historia norteamericana en la que el tema del racismo y del poder negro fue “intelectualizado”. Desde las filas de las negritudes se escribió profusamente sobre la “singulari-



Sankofa. *Mentira acomodadora*. Foto ©Paulina Pérez.

dad de la cultura negra”, sobre la “*nación negra*”, y emergieron debates desgarradores en el interior del movimiento como el propuesto por LeRoi Jones, negro por supuesto, en el sentido de que la literatura y el arte negro “había sido, con raras excepciones, de una mediocridad casi angustiada”. Jones atribuía este fracaso “al deseo de los intelectuales negros de mostrar lo ‘cultos’ que eran, según las normas de los blancos”.

Y fue también el período de la exacerbación racista del poder blanco. Tampoco puede soslayarse el hecho de que es en los Estados Unidos de Morrison, la escritora negra, donde nace el Ku Klux Klan en 1866, cuya influencia pervive hoy y que, con el discurso siniestro de la pureza y la preeminencia de los blancos, no solo acumula crímenes execrables, sino que fue decisivo

en la elección del nefasto Donald Trump, como presidente de esa nación. Es cierto: *El origen de los otros*, de Toni Morrison, es un texto orientado a esclarecer cómo en la literatura aparecen formas de relatar que, de manera sutil e intencional, pretenden corroborar el supuesto predominio o superioridad de un grupo humano y de un ser humano sobre otro, a partir, precisamente, de su negación.

En ese contexto, resulta pertinente, por ejemplo, que Morrison haga una referencia crítica a esas “escenas bucólicas” de *La cabaña del tío Tom* que buscan edulcorar esas relaciones entre amos y esclavos, escenas concebidas para “entretener”, y “garantizar al lector que no hay nada peligroso en esa atmósfera, para decirle que es incluso divertida y, sobre todo, amable, generosa y sumisa”.

El origen de los otros propone una deliberación seria sobre esas categorías de la diferenciación desde el “poder”, que hacen imposible la construcción de un nuevo mundo: “la raza ha sido un criterio constante de diferenciación, lo mismo que la riqueza, la clase y el sexo, tres categorías determinadas por el poder y la necesidad de control”. No sin razón, Morrison fue una feminista radical.

Uno de los análisis más claros de *El origen de los otros* lo hace el crítico Marc Peig, quien afirma que el interés de este libro radica en esclarecer

... que la literatura conlleva una responsabilidad, pues su influencia en la sociedad es evidente... debemos ampliar el abanico lector a otras culturas, a otros pueblos, a otras sociedades e incluso a otras lenguas, pues toda la imagen de la realidad es sesgada si solo se mira desde una única perspectiva.

Esta es una mirada certera. El libro de Morrison no ha sido concebido para que el lector o la lectora, a la manera de los cazadores de brujas en el oscurantismo medieval, se regodee en “encontrar” apologías a la precariedad de un grupo en particular, porque se escribe por ejemplo que la conductora de una lancha en un río es “una mujer negra como el cacao”, cuando, en efecto, es negra como el cacao; o ver un crimen en el hecho de que se describe que la conductora aludida, “se queda mirando el río café como ella, como la madera de la canoa, como el niño”, un niño que es también, en efecto, negro.

Ver como “sospechoso” o “prueba reina” de exacerbación racista un texto en el que se dice que “las cantoras repiten los versos con una cadencia negra que se mete bajo la piel” es, francamente, un exabrupto.

Sé que ni Velia, ni Caputo, ni Gómez Nadal, ni nadie, encontraría un sesgo racista, destructor, o una manifestación de superioridad en Toni Morrison cuando en *Paraíso*, integra este diálogo:

–Unas personas que se han perdido... **¿Personas perdidas, o blancos perdidos?** Vamos, Stewart, por favor...Se pierden igual que cualquiera –observó Anna. **Han nacido perdidos. Se han apoderado del mundo y siguen perdidos...** ¿No es verdad, reverendo? Te contradices –apuntó Anna, riendo. –Dios tiene un solo pueblo, Stewart. Ya lo sabe...

No, *Esta herida llena de peces* no es un libelo racista orientado a entregar al lector, o a la lectora, una información sesgada sobre la “superioridad” de los blancos. No lo es. Por el contrario, lo que subyace en esta bella narración es, sobre todo, un ejercicio de sororidad irreductible. Sororidad que, por el contrario, Velia es incapaz de ejercer con esta mujer joven que nos enseña la manera cómo, siendo la otra, la extraña, se sumerge existencialmente en un territorio y en una cultura que no puede menos que mirar y enseñarnos a mirar, con un profundo respeto.

Es preciso aclarar que ni Velia, ni Caputo, ni Gómez Nadal hacen referencia alguna en sus escritos al tema de la “apropiación cultural” (tal vez se intuye esa mirada en Gómez), pero siento que es un imperativo abocarlo, porque da luces sobre lo que ha ocurrido.

Fue en la década pasada que tuvo gran resonancia una acusación hecha por el Ministerio de Cultura de México a Carolina Herrera, por lo que consideraba una apropiación indebida de elementos típicos de sus pueblos, sin que las comunidades se beneficiaran en ningún caso: tenangos bordados, los patrones del sarape de Saltillo, los bordados de flores de las mujeres oaxaque-



Sankofa. *La ciudad de los otros*. Foto ©Robert Torres.

ñas. El diario *El País* hizo eco a la denuncia con un análisis en el que refería incidentes parecidos a propósito de “la inundación de tatuajes con motivos polinesios”, el uso de símbolos gitanos por parte de la cantante Rosalía, o motivos del pueblo guna de Panamá y Colombia en unas zapatillas Nike.

Se trataba de esclarecer que anidaba en este hecho, más que un asunto jurídico alrededor del tema legal de la propiedad intelectual, una “apropiación cultural” indebida.

El tema ha vivido un giro dramático cuando el mismo artículo refiere la posición del lingüista canadiense John Edwards, quien expresó que

una extensión lógica del argumento de la apropiación podría concluir en que nadie

podría escribir sobre algo, más allá de la experiencia directa... **que las mujeres nunca deben escribir sobre los hombres, los negros sobre los blancos, los alemanes sobre los españoles.**

John, quien parecía contra-argumentar, terminó dándole una motivación a la joven poetisa estadounidense Amanda Gorman, quien adquirió cierta notoriedad por el hecho de que recitó uno de sus poemas en el acto de toma de posesión de Joe Biden y, meses después, sus agentes empezaron a rechazar las propuestas que le hacían algunas editoriales de distintos países e idiomas, por el hecho de que quienes la traducirían no cumplían su requisito de que fueran mujeres y fueran negras. En su lógica, “nadie que no pertenezca a una ‘cultura’ está legitimado para usar ‘símbolos’ de

otra". Se trata de un asunto decididamente delirante.

Observo con preocupación que los argumentos de Velia en su diatriba, tanto como los de Gómez Nadal, parecen dialogar con esta posición porque, no existiendo en la novela de Lorena Salazar la más mínima intención expresa u oculta de reivindicar la supremacía blanca, no queda menos que pensar que se trata de argumentar en contra de ella desde la "lógica" de la apropiación cultural. Lorena estaría pecando por el hecho de ser una blanca que se atreve a escribir sobre el paisaje de los negros, las mujeres negras, los niños negros, los ríos de los negros. Velia se queja de que "existen tantas formas de ser negro como personas negras hay, no es posible hablar, ni siquiera, de una única cultura afro del Chocó". Podría colegirse, en esta perspectiva, que solo una escritora negra está en capacidad de lograr el prodigio posible de hablar de esos temas. Siento que la diatriba se origina en el hecho, insostenible para Velia, de que una "blanca" con talento se entrometa en su territorio.

Velia invita en su diatriba a aprovechar la oportunidad para abrir esta conversación, pues "necesitamos una literatura tan diversa como nuestro país, en la que todos y todas seamos narrados desde la misma diversidad de voces que nos conforman". Lo hago, en efecto.

Creo que la gran lección de Toni Morrison tiene un tono profundamente humanístico y que su predicamento, contrario a lo que piensan Velia y Gómez Nadal en su actitud con Lorena Salazar, no está concebido para borrar al otro sino para que podamos verlo.

En el mundo contemporáneo, el otro ha

sido sacrificado en el altar del individualismo. Tal sacrificio, que es una ofrenda a la soledad, arrasa con nuestra vocación gregaria, nos anula para sobrevivir, no solo nos obnubila, sino que decapita de contera un aspecto esencial de la naturaleza humana: la empatía.

Estamos hechos para vivir en función del otro, con el otro. La solidaridad y el cuidado hacen parte imborrable de nuestra impronta. La sororidad Velia, la sororidad.

Payan Akhavan, del Tribunal de la Haya aporta un diagnóstico:

Existe una conciencia global emergente que defiende que nuestro bienestar está vinculado al de los demás, que somos una especie humana que habita un lugar común y que las concepciones tradicionales del yo y del otro están colapsando, lo que nos obliga a redefinir nuestra identidad de formas más profundas.

Dejemos que los otros nos miren, nos describan desde sus perspectivas. Seamos también capaces de describir a los otros, desde nuestras perspectivas. Lo único, en lo que debemos ser intransigentes, es en que lo hagan con respeto. Lo único, que debemos exigirnos, es abordarlos con respeto. De eso se trata el humanismo, Velia.

Alberto Morales Gutiérrez. Abogado de la Universidad de Caldas, ha sido columnista de los periódicos *El Tiempo*, *El Colombiano*, *El Mundo*, *La Hoja*. Ha publicado tres novelas y tres libros de ensayo: *La niebla estaba ahí*, *Todo sea por la causa*, *No basta con huir*, *Bienvenido a la era del cultumidor*, *Comunicación perceptual* y *Por llevar la contraria*. Es director general de la firma MoralesCom.